

TABACO Y CANCER

El monóxido de carbono de los cigarrillos tiene la culpa —dice un grupo de científicos del Real Hospital de Copenhague— de la frecuencia de enfermedades cardíacas en los fumadores. Se introduce en la circulación sanguínea y favorece la acumulación de colesterol en las arterias. Se sabe que el colesterol es uno de los principales culpables de los fallos cardíacos. El monóxido de carbono —gas venenoso producido por la combustión— se combina en la sangre con la hemoglobina y produce un compuesto al que llaman carboxihemoglobina, el cual desplaza al oxígeno. Según estos científicos, la mayor o menor cantidad de este

compuesto está en relación con la forma de fumar: profundidad de la inhalación, duración de ésta. Están preparando una medicina que contrarreste estos efectos del tabaco. Por otra parte, en el periódico de la Sociedad Americana del Cáncer se publica un estudio del doctor Oscar Auerbach, en el que explica que la autopsia realizada en novecientos cuarenta y dos individuos muestra una relación entre el tabaco y el desarrollo del cáncer en los tejidos expuestos al humo del cigarrillo, concretamente en la laringe. «Cuanto más fume una persona, más predispuesta está a sufrir cambios en las células de la laringe, cambios que se cree que preceden al desarrollo del cáncer».



TVE UNA VISION DEL FUTURO

Impulsado por la ciencia-ficción, ante millones de telespectadores, el avión pasó de los años sesenta de nuestro siglo a bien entrado el siglo próximo. El aviador descendió de su aparato y encontró el flamante aeropuerto de donde había despegado, abandonado y en ruinas. Cruzó entonces unos campos y se aproximó a la ciudad del futuro. Antes de llegar fue inmobilizado por unos rayos, despertando encadenado entre una caprichosa geometría arquitectónica. El burdo film —primero de una nueva serie de TVE— se enredaba en complicaciones argumentales que no vienen al caso. Sí era, en cambio, significativo ver a nuestro protagonista ante un jefe a quien llamaban el Supremo, y envuelto por una serie

de personajes siniestros. Toda la estructura psicomoral de los deleznales y habituales films de aventuras estaba allí, agravada por una oscura regresión política, según la cual los hombres se dividían, definitivamente, en buenos (gobernantes), malos (rebeldes) y autómatas (gobernados). La anécdota llegaba a convertirse en una verdadera parábola: los ciudadanos de esa ciudadela del futuro eran sordomudos y el origen de su desgracia estaba en la contaminación radiactiva, provocada por una serie de experimentos. El film revelaba no sólo la más profunda desconfianza en el proceso científico, sino, simultáneamente, en el proceso político.

La tesis de este film no es nada excepcional; en la mayor parte de

las películas o relatos de ciencia-ficción se respira el mismo pesimismo. La ciencia deja de ser un instrumento al servicio del hombre para convertirse en un medio de autodestrucción. ¿Por qué? La llamada edad científica fue imaginada como una época de prosperidad, un tiempo lleno de apasionantes sorpresas, cuyo curso iría conduciendo al hombre hacia su plenitud. Se suponía que el progreso ético del hombre sería correlativo al proceso científico; por decirlo con un ejemplo, que las guerras acabarían el día que el hombre pusiese el pie en la Luna. ¿Cómo iban a colocarse dos hombres en sendos hoyos e intentar meterse una bala en la cabeza mientras otros llegaban a la Luna? Una indefinible lógica decía que eso no era posible y que la grandeza de la ciencia haría la grandeza del hombre.

He aquí, sin embargo, que hoy aparece rota esa noble relación. Muchos piensan que la ciencia puede llegar donde quiera, que el hombre seguirá igual. Más aún, la ciencia será el origen de su desgracia, puesto que pondrá en sus manos una serie de medios cuyo alcance escapará a sus instintos. Arrojará bombas atómicas y creará arsenales apocalípticos, bajo los viejos impulsos agresivos, sin saber a tiempo que la ciencia ya no le permite asesinar a un líder de la oposición. No bastará conocer el poder destructivo de las «nuevas bombas»; la inestabilidad será permanente, y, más pronto o más tarde, la destrucción inevitable si no se modifican las relaciones generales de la sociedad. La situación de la ciencia presupone o impone una situación social, y todo el terrible pesimismo ante el futuro quizá nace de que el hombre empieza a ver esa ecuación como una utopía. Alguien arrojará la tercera bomba, infinitamente más demoleadora que las anteriores, razonándolo con los mismos argumentos que antes se empleaban para lanzar un cañonazo. Los argumentos que emplea Ni-

xon para no abandonar el Vietnam se encuadran en una teoría del patriotismo obviamente anacrónica en tiempos en que el honor, con el auxilio de la ciencia, se ha convertido en una virtud devastadora.

Este pesimismo ante el futuro acarrea muchas consecuencias. Otra vez, la veneración a la «fatalidad» —término secularmente empleado para enmascarar una serie de contradicciones, de hechos que no se ajustan a los principios proclamados— obstaculiza la clara comprensión del problema. Dejemos, sin embargo, el «fatalismo» al margen. Si la ciencia ha dejado de ser para muchos hombres una expresión del progreso es porque se ha puesto al servicio de minorías en lugar de ponerse al servicio del hombre. Se podría incluso decir que la comunidad sólo recibe de la ciencia cuanto es susceptible de explotación por la minoría. Manipulada por ella, la ciencia avanza solamente por los caminos que esta minoría necesita, entre los cuales, bien se entiende, se encuentra el de proveer a su defensa.

La paradoja patética es que el hombre se encuentra ante la ridícula necesidad de cantar a la lluvia, a los prados o al amor, como respuesta automática a un proceso científico, cuya finalidad se ha hecho oscura y cuyas páginas conservan en secreto numerosos datos relacionados con la muerte y la destrucción.

Y, sin embargo, la ciencia y la humanidad son dos conceptos intercondicionados. Y ningún progreso es imaginable sin el recto uso de la ciencia. De donde resulta que el robinsonianismo lírico o la premonición de un futuro fascista gobernado por las máquinas es, al mismo tiempo, una actitud estúpida y una actitud comprensible. Todo estaría, tal vez, en pasar del lirismo a la reflexión revolucionaria: el pesimismo de tanta ciencia-ficción revela, a escala popular, la actual degradación política de la ciencia. ■ J. M.

El «boom» de la Bolsa en 1969

En el cuadro de «Las Inversiones más rentables de 1969», que figura en la página 11, deben incluirse también las siguientes sociedades:

NOMBRE DE LA EMPRESA	Cotización 31-12-68	Cotización 31-12-69	Diferencia (incluido impulso)	% incremento (plus valías)
Banco de Granada	146	453	307	141,8
Banco Industrial de Bilbao	170	600	510	300,0
Banco de Fomento	280	632	430	165,4
Banco Europeo de Negocios	170	403	241	141,7
M. M. los Guindos	43	100	57	132,3
Hidro-Nitro	37	76	39	105,4
Nicas	90	243	168	168,0
Ibérica del Nitrógeno	39	84	45	115,3
Basconia	116	247	131	112,0
Marconi	59	150	91	154,2

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Luis Carandell, Pablo de la Higuera, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, Ramón L. Chao, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Montleón, César Santos Fontenla, Manuel Vázquez Montalbán.